

RESEÑA

Abreu, José Vicente (1997). *Se llamaba SN*. Caracas: Editorial Monte Ávila.

Contra el sueño del olvido, la escritura testimonio de José Vicente Abreu

Franco A. Canelón.

Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Instituto Pedagógico de Maturín
CILLCA

El 20 de junio de este año debería celebrarse los 90 años del nacimiento de José Vicente Abreu. Dije debería, porque ni se ha hecho ni se hará tal celebración. Ya que el recuerdo de este hombre y su obra están relegados al baúl de la desmemoria de las academias y de las instituciones estatales, organismos que muchas veces ofrendan flores hasta para el día mundial del aguacate parecen auto-imponerse un olvido que bien puede querer eludir el tocar temas delicados de nuestra historia y actualidad.

Pero estas líneas no son para postular candidatos al calendario festivo nacional, sino para invitar a la lectura de una novela ejemplar que fue editada por primera vez en 1964: “Se llamaba SN”. Esta novela llegó a mis manos por avatares del destino, es de esos libros que a primera vista ignoramos y que por su presentación, o desconocimiento de la historia y del autor, prejuiciamos como de poca importancia, pero sin saber cómo ni por qué, siguen apareciendo, como si una fuerza extraña la moviera hacia nuestras manos y nuestra atención, y al abrirla se inicia un diálogo que sabemos no nos decepcionará.

Nos acercaremos a esta novela en tres momentos o claves: autor, obra, circunstancias. Ya que de esta forma será posible destacar aspectos que puedan evitarle a nuevos lectores y curiosos cometer los mismos errores de minusvalía lectora que yo cometí.

José Vicente Abreu se graduó de venezolano el 20 de junio de 1927 en San Juan de Payara, por allá por el estado Apure, ese fue su primer título oficial, luego obtuvo otros certificados escolares hasta que en el año 1947 tomó una muy especial e importante decisión: ingresar al Instituto Pedagógico de Caracas del cual egresaría con el honorable título de profesor de Castellano, Literatura y Latín. Para mérito del autor y de sus compañeros de estudio de aquella promoción, entre los que se cuenta a Alexis Márquez Rodríguez, recordemos que el país estuvo sumido en un período muy oscuro, una dictadura que duro 35 años gracias al compadrazgo y maña con saña que se dieron Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

A José Vicente Abreu se le referencia como un hombre de convicciones, un caballero, un hombre de palabra. Convicciones literarias, sociales, políticas e ideológicas, y además simpático y sincero. En aquella época y situación socio-política, haber optado por estudiar docencia y soñar con ejercerla, fueron decisiones que merecen loas al igual que quienes hoy se inclinan por el mismo camino. Existió un factor de peso que condicionó el destino de este profesor, lo fue el derrocamiento militar del gobierno recién electo democráticamente de Rómulo Gallegos, a partir de allí culminaron los sueños e inició un ciclo de pesadillas que por momentos muchos venezolanos habían dado por concluido. Todo maniático del poder, y más cuando es militar, gusta de tener su propia policía privada o brazo armado; Hitler tuvo sus SS, Pérez Jiménez a su SN (Seguridad Nacional), siglas que cobraron fuerza en la psiquis de la sociedad venezolana y cuya sola mención, cuentan algunos, producía miedo, pánico y terror.

En ese contexto José Vicente Abreu se vio obligado a cambiar las aulas y los textos de poesía por el manual comunista y el fusil de guerra, tanto él como muchos otros debieron convertirse en protagonistas de los folletines de espionaje y arriesgar el pellejo en la clandestinidad para luchar contra uno de los peores males de América: el dictador militar. Capturado por la SN, Abreu entra en un periplo de cárceles, dolor, vejaciones y empirismo de la tortura y tortura especializada, que cuando lo comparamos con las denuncias actuales sobre los DDHH en las cárceles de hoy estas últimas parecen comedia. Estamos ante la presencia de un hombre y escritor que nos habla desde las cicatrices que dejaron en su cuerpo y su alma las quemadas de cigarrillo, los culatazos de fusil, los sablazos y mandobles de peinillas, las caricias de los nudillos y el olor a carne quemada que produce el contacto directo con los cables eléctricos en los testículos y otras partes del cuerpo nobles y no tan nobles. En su haber José Vicente Abreu no puede contar de las aulas recorridas pero sí describir como turista experimentado las atrocidades cometidas en cada recinto carcelario y detallar los eventos vergonzosos que se dieron en la geografía nacional. Con tal crudeza y descripción nos muestran esta experiencia los párrafos de la novela que por momentos podemos dudar de que se hable de Venezuela y no

de un campo de concentración europeo de la Segunda Guerra Mundial.

La obra, la Novela Testimonio –como ha sido catalogada–, de Abreu es su primera novela, pudiéramos decir la única ya que las demás fueron extensión manifiesta de la experiencia que llevó a continuar lo logrado en la primera. Recordemos que este tipo de novela ya tenía antecedentes en nuestro país como por ejemplo *Memorias de un venezolano de la decadencia* de Pocaterra, pero al compararlas nos percatamos que a pesar del miedo y el dolor José Vicente Abreu pudo darle un matiz poético a su discurso, otorgarle una carga lírica a sus líneas que no pudo lograr su antecesor. El inicio de esta novela nos da la primera impresión de que nos encontramos ante un relato de espionaje o policial al estilo bien logrado de León Uris o Heinz Konsalik; pero a medida que el narrador protagonista aporta datos, fechas, nombres y describe hechos y lugares mientras su nombre permanece oculto; ya que él nos cuenta con un susurro, como si nos hablara al oído para no ser escuchados por “los sapos” y espías que la SN tenía ganados con plata, amenazas y chantajes en el orbe nacional. Es la confesión de un secreto, un desahogo con aliento de miedo y rabia, de impotencia ante la impunidad, y con esas ganas de defenderse que tiene quien ha sufrido iniquidad mientras los voceros de la justicia y la libertad miran a otro lado o justifican las acciones desleales. Esta novela tiene todo los ingredientes para una novela, pero además nos permite reconocer otros géneros y estilos de los que se vale el escritor-escritor en la diégesis que nos invita a re-construir; es decir; estamos ante la presencia de un libro que posee elementos de la crónica, el diario íntimo, pinceladas de la novela de aprendizaje, historia e historiografía contada por el superviviente (aquí se unifican muy bien los roles escritor-de novela- y escritor- de la historia), es así mismo un documento-testimonio y sí se lo pedimos, un sumario con el cual hacer juicio a los anales de la nación. Es de destacar que los gustos literarios y su espíritu gallardo le permitieron a Abreu hacer catarsis con la escritura pudiendo canalizar el sufrimiento de su alma con imágenes y sintagmas líricos de una gran riqueza poética que nos permiten beber la historia y re-conocernos en el padecimiento de una persona cuyo mayor pecado fue decir NO. Esta novela cuenta ya con quince ediciones, este ejemplar que ahora reseño es del año 2005, es difícil de conseguir pero no imposible, de tener otra oportunidad de comprarla- o robarla- lo haría, y en caso de ser prestada se me va el honor en el-no-retorno a su dueño anterior. Eso mientras esperamos una más reciente edición.

En cuanto a las circunstancias que establecen el perímetro de crecimiento de la obra y su autor, ya dijimos que él nació en el 1927 (dictadura), se graduó de profesor- algo que nos agrada particularmente-, en el IPC ubicado en El Paraíso (Caracas) en el año de 1947 (dictadura); muere en Caracas en 1987 (época de aparente paz y ficticia bonanza económica); y el día que termino estas líneas estaría cumpliendo 90 ruedas, 90 vueltas de tuerca, 90 años en el 2017 (¿democracia?). No vivió lo suficiente para llorar o gritar con la Vinotinto, no pudiéramos saber por qué derroteros lo llevarían sus inclinaciones políticas; menos suponer que estas vueltas de tuerca de la historia invertirían los papeles políticos de los actores que por aquella cercana época clamaban libertad, justicia y paz (palabras estas que ya no son valores, sino víctimas de los proxenetas ideológicos que nos han liderado de uno y otro bando). Aun así no me desagrada jugar con la idea de pensar en las posibles opiniones que tendría hoy alguien como José Vicente Abreu. Esta novela es un elemento que nos permite conocer la historia, desmitificar la historiografía para comprobar hasta qué punto era cierto eso de que “cuando Perez Jiménez uno dormía con la puerta abierta y nadie se atrevía a robar”, más o menos eso decían algunos abuelos en sus tertulias, y es una idea de la que algunas personas se hacen eco sin saber hasta qué punto justifican, desean o simplemente repiten sin pensar una situación que por lo lejana y poco estudiada no llegamos a saber si es igual, peor o diferente a este ciclo en el que estamos siendo referenciados.

En fin, el punto es que la novela *Se llamaba SN*, es una invitación para asomarnos un momento por la ventana y mirar en el tiempo, a lo mejor y obtenemos conclusiones, respuestas para determinar causas y efectos. Con esta novela podemos tener un acercamiento fractal de aquella época, o bien, hacer una interpretación holográfica de la misma para que la percepción resultante nos ayude a explicarnos el devenir de nuestra sociedad y podamos interpretar hacia dónde nos dirigimos. La literatura venezolana tiene en esta novela un punto de referencia para abordar nuestra paradoja existencial desde lo estético, es una novela cuyo argumento nos prepara para evitar que nos metan gato por liebre los avispados de siempre, que ven en nuestra sociedad a un pueblo indefenso, ciego y desorganizado que requiere de la luminaria profética de algún trasnochado que se indigestó con rápidas lecturas de historia y política, y despertó con la ensoñación de salvar la tierra que nos vio nacer.

Nuestra sociedad poco a poco parece haberse sumido en el sueño del olvido, el cambio generacional y la preponderancia etaria de los más jóvenes junto a la cultura de la inmediatez comunicacional causan un extraño fenómeno mediante el cual podemos olvidar mañana los eventos dolorosos que hoy suceden. Las grandes culturas del mundo aprenden de sus errores, y lo más importante, no los olvidan. No es posible que eventos como los que narra esta novela vayan desapareciendo de la memoria colectiva, es como si hacernos una cirugía plástica en una cicatriz nos diera la momentánea tranquilidad de cubrir una mácula nefasta, pero eso no hace olvidar las causas que la produjeron. Es allí donde radica la fuerza de la literatura, no en ser cirugía encubridora (como a veces lo es la política según quién maneja el discurso), sino en ser memoria viva a la mano del colectivo y de todo aquel con ansias de saber el porqué de las avatares en un país que gusta de cambiar caprichosamente de posturas a cada rato. Leer *Se llamaba SN* es evitar que la tragedia y sus causantes duerman el sueño del olvido; leer esta novela sería el insomnio más saludable que pudiera padecer esta generación.